

Pablo Schostakovsky

La conciencia ortodoxa de Dostoiewsky



Al fines del siglo pasado, en el idioma ruso apareció una nueva palabra: *dostoiewstchina*. Es fácil adivinar que aquella palabra, tan dura al oído occidental, caracteriza un estado complicadísimo del alma humana; un caso de conciencia sin solución aparente; un choque de pasiones, vicios, virtudes y abnegaciones como sólo hay en la vida y en las novelas de Dostoiewsky. Creo que si la palabra *dostoiewstchina* fuese de más fácil pronunciación, su renombre y uso serían universales, ya que Dostoiewsky pertenece a la humanidad entera. Muchos críticos dudan todavía de esta verdad, comentando y tratando de circunscribir el aspecto psicológico de sus novelas dentro del mundo específicamente ruso, pegando etiquetas a sus héroes y a él mismo, según la predisposición de cada cual. No obstante, me parece difícil admitir que Dostoiewsky hubiera podido conquistar una popularidad tan grande, tan absoluta, en el mundo entero, si sus obras no hubieran tocado las cuerdas más secretas del corazón humano, sea cual fuese la nacionalidad, religión, grado social y, consecuentemente, la mentalidad de sus lectores.

Cierto, a muchos occidentales sus obras les parecen cosa de pesadilla, pero tampoco a los rusos la lectura de Dostoiewsky suele ser fácil, sobre todo al principio. Es que no digo la obra, sino cada héroe de Dostoiewsky es un mundo, y el cerebro co-

mo el corazón se cansan de acoger impresiones tan emotivas y aun violentas a cada vuelta de página. No fué en balde que Dostoiewsky puso a su primera obra, *Pobre gente*, el siguiente epígrafe, sacado de un escrito del kniáz Odóievsky:

«¡Ay de mí! ¡Qué malos son estos cuentistas! No pueden « escribir algo útil, agradable, endulzado, sino que escarban y « sacan afuera hasta las raíces de las cosas... ¡Yo les hubiera « prohibido escribir!...»

Así, desde su primera palabra, Dostoiewsky indica su pretensión, indica el camino que quiere seguir: «escarbar y sacar afuera hasta las raíces» del alma humana; fin que logró de modo magistral y en ello reside el secreto de su inmensa popularidad.

En cuanto a la tendencia de circunscribir los aspectos específicos de sus escritos dentro de mundo ruso únicamente, es un malentendido que me parece fácil de disipar. La operación quirúrgica que aquel genio realizó sobre el alma humana, la hizo como ruso y ortodoxo. Dostoiewsky nunca, en ninguna de sus obras, quiso ceder algo a la mentalidad occidental (de allá su odio implacable hacia Turguenev); su mundo no tiene nada que ver con el Occidente, y si a veces aparece algún contacto, algún toque con éste, no es más que para afirmar su independenciam de la civilización occidental, de sus alcances materiales o espirituales, de todo lo que forma la vanagloria y alimenta la soberbia del Occidente.

Pero, si el género humano tiene aspectos, rasgos y propiedades físicas comunes a todas las razas y naciones, ¿cómo no va a tener también virtudes y defectos morales comunes? Los rusos son hombres, y sus dolencias, éxtasis, perfecciones y degradamientos son propios del género humano. El «rucisismo» y «ortodoxismo» son, entre las manos de Dostoiewsky, medios de polarización, poderosísimos reflectores, cuya luz permite aclarar los rincones más ocultos del alma humana; o, tomando otra figura, son medios para alcanzar las profundidades de ésta.

Aquel «aclarar», aquel «alcanzar» no son estudios, ni análisis, ni tienen nada que ver con el desmenuzar psicológico de ciertos autores occidentalistas. ¡No! La manera de Dostoiewsky es mucho más eficaz, mucho más directa y personal: sus héroes, todos sus héroes sin excepción alguna, poseen una conciencia, y como son rusos, aquella conciencia no puede ser sino rusa y ortodoxa.

La literatura anterior desconocía o, para mejor decir, no admitía la conciencia como fuerza operante en los personajes o tipos negativos. La conciencia era una prerrogativa de naturalezas escogidas, de almas nobles, de hombres generosos; se le permitía salir a escena y jugar un papel de relieve, comprometiéndose con gente de baja moralidad, sólo cuando se trataba de un héroe shakespeariano, de un monstruo, de una personificación de vicios infernales. Pero, para admitir que un borrachín, un ladrón o un asesino vulgar, sin gracia e interés alguno, pueden vivir en lucha continua con su conciencia, la cual les dicta todos sus actos y gestos, para admitirlo, repito, tuvo que llegar Dostoiewsky.

Feódor Mijáilovich decía con suma modestia que todos ellos—escritores rusos—habían salido de *La capa* de Gogol. Ciertamente, en la literatura rusa aquel cuento fué la primera demostración del interés que puede despertar un hombre tan humilde como el héroe de *La capa*, pero Gogol se contentó con tomar a un «humillado y ofendido» y enseñarlo bajo una actitud más bien pasiva. El inmenso mérito de Dostoiewsky fué aprovechar el primer paso dado por Gogol y alcanzar la cumbre del realismo, con enseñar a sus héroes en papeles activos; con demostrar hasta donde llegan los padecimientos, vicios, pasiones y virtudes; con comprobar que el corazón más humilde puede encerrar «un abismo de bajeza junto con un abismo de grandeza». Para esto le bastó poner la conciencia como fuerza operante. No hay nada de más sencillo, pero había que encontrarlo...

* * *

De la vida religiosa de Dostoiewsky sabemos poco y mucho a la vez. Sabemos que, durante los cuatro años de presidio, guardaba bajo su almohada el Evangelio—el único libro autorizado en la prisión—, y lo leía diariamente. Por una carta suya y por la imagen del «staretz» Zósima en los *Hermanos Karamazov*, podemos sospechar que el mundo religioso le era familiar. Sea como fuese, la doctrina evangélica se encuentra aplicada al mundo extraño que Dostoiewsky pintó en sus novelas. Para llegar a un concepto tan cristianamente sincero, para deshacerse a tal punto de la hipocresía humana, del convencionalismo social, se necesitan dos elementos: la luz del Evangelio y el fuego purificador del sufrimiento. Dostoiewsky aprovechó los dos sin salir de su humildad, en cuanto a la profesión exterior de su fe, y eso lo más notable.

Al permanecer él mismo hombre como cualquiera, sin ninguna pretensión de ser un modelo de cristiano, y mucho menos la de ser un profeta o reformador como Tolstoy, sus héroes fueron también hombres como todos los demás. En la obra entera de Dostoiewsky no hay huella de tendencia idealizadora; ni siquiera el deseo de exponer al hombre ruso bajo aspectos ventajosos. Dostoiewsky se limita a amarlo, sin pretender que ésta merece su amor; y no lo ama por su modo de ser, que considera reprensible desde varios puntos de vista; lo ama por su alma, inclinada hacia el perdón y el arrepentimiento; un arrepentimiento cabal, el único capaz de elevar el alma humana hasta una altura moral en que la mugre de la existencia material no puede ya alcanzarla.

Hay críticos occidentales, y no de los menores, a quienes aquel amor, aquella fe en el ruso y en la fuerza purificadora del arrepentimiento chocan, ya que, profundizando y generalizando la tendencia de Dostoiewsky, se llega hasta liberar el alma humana de las formas exteriores de su existencia, de las conven-

ciones sociales, de modo que una muchacha de mala vida puede ser, a juicio de Dostoiewsky, muy superior moralmente a una mujer de conducta exteriormente irreprochable.

Sin embargo, así sucede en la vida. Dostoiewsky expone en su *Casa de los muertos* todas las variedades del crimen y del vicio, y ello no le impide sentir cariño hacia aquellos criminales. Dostoiewsky odia solamente el orgullo individual, la presunción y la mentira. Esto es lógico y natural. El orgullo y la presunción son obstáculos infranqueables para el perdón y el arrepentimiento; y la mentira marca las almas rebeldes a cualquier intento de perfeccionarse.

Aquella preocupación constante de Dostoiewsky para hacer llegar la voz de la conciencia de sus héroes hasta el oído de sus lectores tenía que reflejarse sobre su modo de escribir. El desprecio de la materia es absoluto. Las descripciones del mundo exterior no tienen casi ningún lugar en sus novelas. La forma literaria también le parece menos que nada; su estilo es apurado y nervioso al extremo; como si le faltara el tiempo para releer lo que esboza su mano apremiada, alargándose en disertaciones que parecen interminables y hasta superfluas e inútiles; que tantas veces pesan al lector, ya que éste no se da cuenta adonde lo lleva el autor. Desde luego, en una revuelta del camino escabroso, de repente una luz inesperada llega y aclara el cuadro entero al igual del sol naciente que dispersa las tinieblas de una noche de pesadillas...

Fedor Mijáilovich Dostoiewsky había nacido en Moscú el 30 de octubre de 1821. Su padre era médico en uno de los hospitales moscovitas y se distinguía por su carácter severo y taciturno. La familia, bastante numerosa, vivía muy separada del mundo exterior. Su primera instrucción Dostoiewsky la recibe en casa y luego en un pensionado privado. A los 17 años su padre

lo lleva a San Petersburgo y lo hace entrar en la Escuela Militar de Ingeniería. Acostumbrado como estaba a vivir recluso en su mundo interior, Dostoiewsky tampoco se hace comunicativo en el nuevo ambiente petersburgués. Sus estudios, entre los cuales predominan las ciencias matemáticas, le interesan muy poco; pero posee capacidades relevantes que le permiten cumplir rápidamente con sus deberes y reservarse bastante tiempo disponible para la lectura. Durante los cinco años pasados en la escuela, Dostoiewsky se familiariza con los mejores escritores rusos y extranjeros. Probablemente, sus ocupaciones literarias empezaron en aquella época.

En 1843 Dostoiewsky termina sus estudios y sale, tercero de su promoción, como subteniente de la sección de los ingenieros militares de San Petersburgo. El servicio militar, aun en los ingenieros, no le satisface y, ya el año siguiente, Dostoiewsky presenta su dimisión, y se dedica enteramente a las actividades literarias.

En 1846 acaba su primera gran obra *Pobre gente* y, siguiendo el consejo de Grigoróvich (su compañero de la Escuela Militar y de tarea literaria) la entrega a Nekrásov, para que la publicara en una colección que proyectaba editar.

Chocado por la recepción glacial que le hace el célebre poeta, Dostoiewsky le remite su trabajo sin decir una palabra y se va desesperado. Su nerviosidad y susto por la suerte que espera a su obra llegan al extremo: «Nekrásov va a reírse de mi *Pobre gente*, que yo escribí con tanta pasión, casi con lágrimas», recuerda más tarde Dostoiewsky hablando de aquel principio de su carrera literaria. Vuelve a casa y en la noche en vano procura dormirse. Es la primavera y en San Petersburgo es la época de las noches blancas, cuando la puesta del sol casi se junta con el amanecer. Dostoiewsky se sienta ante la ventana abierta; las horas vuelan; son ya las cuatro de la mañana cuando, de repente, resuena un fuerte campanillazo... Nekrásov y Grigo-

róvich entran en su pieza, entregados a la más grande emoción, y lo abrazan...

Aquella noche empezaron ellos la lectura de la *Pobre gente*, y les gustó tanto que no pudieron interrumpirla hasta acabar el manuscrito. Y, sin más tardar, decidieron manifestarlo al autor: «no importa si Dostoiewsky duerme, eso es más grave que el sueño...».

Al día siguiente, Nekrásov anuncia a Bielinsky la aparición de un nuevo Gogol.

—Parece que los Gogol brotan ahora como hongos—contesta con desconfianza el célebre crítico. Sin embargo, la obra le gusta sobremanera:

—¿Entiende usted mismo—pregunta Biélinisky a Dostoiewsky—lo que hizo?

El público aprecia la novela del mismo modo como los círculos literarios, y el nombre de Dostoiewsky recibe una popularidad instantánea.

Aquel éxito fulmíneo llenó de humo la cabeza del joven autor, que padecía ya de un amor propio desmesurado; tanto más sensible fué para él la mala suerte que castigó sus obras escritas luego: (*Sosie, El Señor Projárchin, La dueña, El corazón débil*). El público las recibió con cierto asombro nada halagador, y la crítica, en la persona del mismo Bielinsky, con una animosidad flagrante. De veras, aquellas obras contienen algo de enfermizo, de forzado, de mal estudiado y peor rematado. La razón hay que buscarla, en parte, en el hecho de que Dostoiewsky carecía de renta asegurada y tenía que trabajar, para ganar su vida, de modo sumamente apurado.

* * *

En abril de 1849 Dostoiewsky fué tomado preso, implicado en el proceso político de los «petrashévtzi», así llamado por el nombre de Petrashévsky que encabezaba la organización, si

de una organización se puede hablar. Era un círculo de jóvenes intelectuales que se juntaban para leer y disertar en casa de un cierto Petrashévsky, empleado del Ministerio de RR. EE., y que se entusiasmaban principalmente con las ideas utópicas del socialismo francés en el género de Saint-Simon y de Fourier. Dostoiewsky, que frecuentaba los viernes de Petrashévsky, pronunciaba discursos considerados entonces como «libres» (tomando esta palabra en el sentido «revolucionario»); discursos sobre la liberación de los siervos de gleba; sobre los rigores de la censura... y eso es todo; nunca simpatizaba con las ideas propiamente revolucionarias.

Eso no le impidió ser procesado y condenado a muerte en diciembre del mismo año. El 22 de aquel mes, junto con veintiuno de sus compañeros, lo llevan a la Plaza Somiénovsky, donde se había erigido un cadalso. A pesar del frío que llega 21° bajo cero, les quitan los vestidos, les dejan en camisa y les leen el fallo: ¡es la muerte!. Dostoiewsky no puede creerlo; piensa vivir una pesadilla:

—¿Es posible que nos vayan a ejecutar?—pregunta a un compañero de desgracia. Este, a guisa de contestación, le indica una carreta que contiene objetos tapados con toldo y que parecen féretros.

Un sacerdote sube al cadalso y ofrece confesar a los condenados. Uno solo, hombre de clase mercadera, contesta la invitación; los demás se limitan a besar la cruz.

En una carta, dirigida a su hermano Miguel, Dostoiewsky cuenta el desenlace de aquella escena trágica:

«Espadas fueron quebradas encima de nuestras cabezas y
« nos hicieron vestir camisas blancas de los condenados a muerte.
« Luego nos ataron a postes, tres por cada poste, para ejecutar-
« nos. Como yo era el tercero de la fila, pensé que me quedaba
« vivir algunos minutos. Pensé en ti y en los tuyos... Logré dar
« un abrazo a Plestichéev y a Dúrov que eran mis vecinos y des-
« pedirme de ellos. De repente, los tambores tocaron retirada,

« nos desligaron, nos hicieron subir nuevamente al cadalso y nos « leyeron que Su Majestad nos hacía gracia de nuestras vidas»... El zar Nicolás I conmutó la pena de muerte en la de presidio perpetuo. Uno de los condenados, Grigóriev, baja del cadalso loco. Dostoiewsky soporta mejor la prueba. Por un raro efecto de reacción, los cuatro años de presidio, a los cuales fué reducida la pena de cadena perpetua, le templaron en lo físico, como en lo moral. Del presidio de Omsk, Dostoiewsky volvió a la vida con cuerpo fortalecido, los nervios apaciguados, el cerebro mejor equilibrado. El castigo fué sumamente pesado por las condiciones materiales de existencia que Dostoiewsky tuvo que aguantar, así como por la ausencia de cualquier trato con gente intelectual. Sus compañeros de pena pertenecían a la plebe, pero el contacto con ellos le proporcionó, al fin y al cabo, un conocimiento estu-
pendo del pueblo ruso.

El único alivio a todas sus penas consistía en la lectura del Evangelio; y así se erigió la base de su fe ardiente: ideales cristianos desarrollados dentro del espíritu popular ruso. Tal era, en su concepto, el fundamento de la vida espiritual de su pueblo, y su alma, sufrida y atormentada, encontraba descanso y felicidad, soñando en la realización de aquel ideal...

* * *

Después de haber acabado sus cuatro años de presidio, Dostoiewsky, al principio del año 1854, fué mandado a Semipalátinsk, ciudad ubicada en la parte sur de la Siberia occidental, donde le pusieron de soldado en un batallón de línea. Después de la muerte de Nicolás I, su heredero Alejandro II otorgó varias indulgencias a los desterrados políticos; Dostoiewsky fué promovido a oficial. Desde luego, sólo en 1859 le autorizaron para presentar su dimisión y volver a Rusia.

Ya durante su permanencia en Semipalátinsk, Dostoiewsky vuelve a las actividades literarias. Allí escribe *El sueño de mi*

tío y *Seló Stepánchikovo*. Apenas vuelve a San Petersburgo, acaba sus *Humillados y ofendidos* y *La casa de los muertos*. Obras que aparecen en la revista *Vrémia* (Tiempo), editada por él en colaboración con su hermano Miguel desde 1861.

Por su tendencia, la revista *Vrémia* se acercaba mucho al eslavofilismo; contaba entre sus colaboradores al crítico literario más talentoso de aquel momento, a Apolón Grigóriev, y sostenía una polémica acalorada con las revistas radicales *Sovreménnik* (Contemporáneo) y *Russkoe Slóvo* (La Palabra Rusa), que gozaban a la sazón de gran prestigio en los círculos intelectuales. A pesar de ello, *Vrémia* logró a conquistar un favor bastante grande entre el público, cuando, en 1863, inesperadamente, la revista fué suprimida por la censura que entendió mal un artículo de Dostoiewsky referente a la revuelta de los polacos. Bien que el año siguiente *Vrémia* resucitó bajo el título *Epoca*, no le resultó posible alcanzar el éxito anterior y, en 1865, después de la muerte de su redactor oficial, que era Miguel Dostoiewsky, la revista tuvo que desaparecer definitivamente.

Dostoiewsky tomó por su cuenta las deudas de su hermano, así como los gastos de su familia que quedó sin recursos; y eso arruinó, por un largo tiempo, su propia situación material, ya bastante precaria.

Desde luego aquellas desgracias y dificultades materiales no le impiden escribir una de sus mejores obras, *Crimen y castigo*, publicada en la revista *Rusky Viéstnik* (Mensajero Ruso), en 1866.

El año siguiente hubo un gran cambio en su vida privada. Durante su permanencia en Semipalátinsk, Dostoiewsky se casó con una cierta María Dmítrievna Isáeva, que murió en 1863; y ahora, después de cuatro años de viudez, contrajo las segundas nupcias con su secretaria, Anna Grigórievna Svítkina. La mujer carecía de instrucción superior, pero demostró una comprensión admirable de su papel, llegando a constituir una verdadera providencia para el escritor desordenado.

Para deshacerse de los acreedores, que le quitaban el aliento, y no le permitían seguir trabajando en paz, Dostoiewsky se fué con su señora al extranjero, donde pasó cuatro años, viviendo en Ginebra, Milán, Florencia y Dresden, tratando de arreglar su vida de modo económico y crear condiciones favorables para su trabajo. Desde luego, realizarlo no fué cosa fácil, y sus cartas del extranjero están llenas de lamentaciones referente a su situación pecuniaria y a la nostalgia atroz que sufría, y que nunca pudieron curar las maravillas de las tierras extrañas. Lo atormentaba, además, la epilepsia que padecía desde su destierro a Siberia...

A pesar de ello, no deja de trabajar con empeño y crea dos grandes novelas: *Los poseídos* y *El idiota*.

* * *

Con su vuelta a Rusia en 1871 empieza el último período de su vida, el período más tranquilo y feliz. Su situación material se mejora, su gloria crece y la sociedad rusa empieza a considerarlo como portavoz de la conciencia pública. Dostoiewsky logra la posibilidad de trabajar en condiciones normales, sin apremios, sin preocupaciones materiales constantes, y entonces nace su obra más extensa y profunda, *Los hermanos Karamazov*.

Al mismo tiempo, Dostoiewsky paga un tributo considerable al periodismo. En 1873 trabaja de redactor en la revista *Graydanin* (Ciudadano), y en 1876-1877 edita su propia revista bajo el título de *Diario de un escritor*, en que comenta los problemas sociales y políticos más variados. Todas las ediciones de aquella revista original están empapadas en un amor fogoso para su patria, y respiran una fe inquebrantable en la gran misión del pueblo ruso; a éste, según Dostoiewsky, corresponde el problema arduo, pero grato, de la resurrección moral de la Europa envejecida.

Esta idea encontró su mejor expresión en el célebre discurso del año 1880, leído en Moscú con motivo de la inauguración

del monumento a Púshkin. Dostoiewsky subraya que el poeta genial, encarnación del espíritu popular ruso, poseía una capacidad extraordinaria para sentir el espíritu de los ideales de pueblos ajenos, para entender y asimilarlos, conservando intacto su propio modo de ser. Esta amplitud de comprensión Dostoiewsky la considera como una prenda de la misión «pan-humana» del pueblo ruso. El discurso produjo una honda impresión y fué como la coronación de la gloria literaria de Dostoiewsky. Su resonancia fué tan grande que ni siquiera el éxito descomunal de *Los hermanos Karamazov*, editados en 1879-1880, logró eclipsarlo.

Dostoiewsky murió el 28 de enero de 1881, cuando se preparaba a comenzar la segunda parte de dicha novela, en que el papel principal correspondía a Aliésa. Sus funerales, de una solemnidad excepcional, alcanzaron el significado de un duelo nacional, único, por sus proporciones, en los anales literarios rusos.

* * *

Ya en su primera obra, *Pobre gente*, Dostoiewsky lució los rasgos peculiares de su genio: la fineza y la profundidad del criterio psicológico; la cálida compasión por los «humillados y ofendidos»; un arte inigualado para encontrar en los seres lastimosos y aun perdidos rasgos de la más alta humanidad. Entre los escritores rusos su único competidor en este sentido es León Tolstoy. Pero, mientras Tolstoy representa el alma humana en su estado sano, normal, Dostoiewsky se interesa principalmente por la gente cuyo estado psíquico se desvía de lo común; y aun cuando elige a sus héroes entre hombres sanos, como en *Pobre gente*, les pone en condiciones de existencia anormales. Por eso sus novelas producen una impresión pesada y sombría, y sólo la profunda fe en la dignidad humana y en la fuerza viva del espíritu sirven de alivio y reposo.

El héroe de *Pobre gente*, Makár Dévushkin, empleado anodino de una de las numerosísimas oficinas gubernamentales de la capital, es un hombre de cerebro y capacidades muy limitadas, sin instrucción alguna; hombre que, por un sueldo mísero, pasa sus días copiando la correspondencia oficial. Su reenumeración apenas alcanza a satisfacer sus modestísimas necesidades; Dévushkin vive apretado por una miseria negra, que ha puesto, finalmente, su impronta sobre su moral y aun sobre su físico. No obstante su corazón conserva la capacidad de amar con abnegación y desinterés absolutos. Con un cariño enternecedor, Dévushkin se preocupa de la suerte de una muchacha pobre y sin defensa, tomando el papel de su protector. Negándose lo más indispensable, trata de aliviar su existencia; le manda flores, bombones, la pasea por las islas (1); y todo eso lo hace sin la menor idea de sacrificio; al contrario, se cree su obligado, ya que el encuentro con ella le permite conocerse mejor a sí mismo, lo alza en su propia opinión, le demuestra que él también es un «hombre»... *Pobre gente* es una de aquellas obras que, leída una vez, no se olvida más, y, sin embargo, desde el punto de vista de la factura, la novela no resiste la crítica más indulgente, a tal punto su forma epistolaria es falta de verosimilitud y de naturalidad. Pero es una demostración concluyente de un axioma literario: *cuando uno tiene qué decir, no importa como lo dice.*

* * *

La casa de los muertos es una serie de esbozos, consagrados a la descripción del modo de ser y de las costumbres del presidio siberiano, junto con una galería de retratos de los compañeros criminales de Dostoiewsky, pintados con una rara maestría.

La impresión general, que Dostoiewsky sacó observando a

(1) Las islas del delta del Neva forman un lujoso parque, lugar de paseo aristocrático.

sus ocasionales y forzados camaradas, se inclina en favor de éstos. La vida entre asesinos y bandoleros, lejos de matar en el alma de Dostoiewsky su fe en el hombre, al contrario la afirmó y le ayudó a soportar todas las penas de su vida de presidiario, preservándolo de la desesperación y de la amargura. El contacto íntimo con el mundo de execrados le hizo aceptar el punto de vista altamente humanitario con que el pueblo ruso considera el crimen como una desgracia y a los criminales como a unos «desgraciaditos». Dostoiewsky por cierto no les absuelve, pero les compadece cordial y sinceramente; compadece a ellos y a sus fuerzas gastadas en balde.

«Los hombres son en todas partes hombres—escribe Dostoiewsky, recién salido del presidio, a su hermano,—y entre los brigantes he podido distinguir en fin a los hombres. Me vas a creer, hay caracteres profundos, fuertes, bellos; y qué gusto me daba encontrar el oro bajo una corteza grosera. Unos imponen el respeto, otros son decididamente bellos».

Tal es el sentimiento bajo el cual fué escrita la obra en cuestión; sentimiento tanto más notable cuanto que los presidiarios, que trataban a los «barin'es», a los intelectuales, caídos en su ambiente, con una desconfianza y hostilidad flagrantes, recibieron muy mal a Dostoiewsky, y le costó ganar sus simpatías y respeto. Demostró su gran perspicacidad y olfato espiritual, sabiendo tratar a sus compañeros de desgracia con plena comprensión y compasión a pesar de todas las manifestaciones hostiles. Gran conocedor del corazón humano, sabía penetrar en sus profundidades y descubrir las riquezas inadvertibles para un observador superficial. Fué un buscador convencido de la chispa divina, y en esta labor nada podía detenerlo; ni la grosería y salvajes exterior, ni el analfabetismo más lastimoso, ni el crimen que pesaba sobre la conciencia de un hombre; sabía encontrar tesoros espirituales adonde los otros veían solamente la mugre, el odio y el espanto del degradamiento moral.

* * *

En la obra completa de Dostoiewsky cuatro novelas forman una serie aparte: *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los poseídos* y *Los hermanos Karamazov*. En ellas se expresó mayormente una de las grandes particularidades del genio de Dostoiewsky: la profundidad de su pensamiento filosófico unida a la sutileza de sus conceptos psicológicos. En ellas tropezamos con problemas filosóficos de gran significado, con problemas morales, metafísicos, religiosos. Los héroes de Dostoiewsky son unos «buscadores» y aun «poseídos» por tal o cual idea; sus intereses giran alrededor de un «problema» cuya solución les atormenta; y sus disposiciones de ánimo predominantes son la inquietud espiritual, la lucha interna, la negación revoltosa, la desesperación ilimitada. En todas aquellas novelas se desarrolla una pesada tragedia espiritual; se descubre un alma humana, que lucha con sus propias pasiones o con las ideas que se han apoderado de ella, juntando en una tensión suprema todas sus fuerzas morales.

Por ser personajes trágicos, los héroes de Dostoiewsky son fenómenos raros, excepcionales; no tienen nada de típico, como los héroes de Turguenev, por ejemplo. Pero, bien que no pertenecen a los tipos sociales corrientes, tienen un significado panhumano, en el sentido de la encarnación de los rasgos y de aspectos de la psicología humana que existen y existían en todos los países, entre todas las clases sociales y en todos los tiempos. Es la razón de la gran influencia de las novelas psicológicas de Dostoiewsky sobre la literatura occidental.

Mejor que cualquier escritor ruso, Dostoiewsky supo penetrar en aquella parte sombría del alma humana donde anidan las pasiones salvajes y los instintos bestiales, todos aquellos sentimientos y anhelos elementales bajo los cuales, según la expresión del poeta Tiútchev, «se mueve el caos». Dostoiewsky como Gogol poseía el talento de anotar los aspectos repugnantes de la vida. Pero, pintando el abismo del degradamiento humano, Dostoiewsky

ky pinta también el abismo del sufrimiento, encontrando en ello «un gozo tormentoso», según su propia expresión. Por eso Mijáilovsky le llamó: «un talento cruel».

Aquella crueldad nacía principalmente de la fe que tenía Dostoiewsky en la fuerza redentora del sufrimiento humano. «El sufrimiento es una gran cosa, dice Porfiry en *Crimen y castigo*, y en esta sentencia se resume la idea más querida del autor: el sufrimiento, según él, es la prenda de salvación aun para el monstruo más empedernido; es un privilegio del hombre que lo distingue del animal. Por eso su fe en el hombre nunca vacila, lo que expresa creando una serie de tipos positivos, que encarnan los mejores rasgos humanos: la abnegación, la falta de resentimiento, la pureza moral.

En el sentido artístico, las novelas de Dostoiewsky llevan ciertos defectos que en parte hemos ya anotado en la crítica de *Pobre gente*; las larguezas, la inverosimilitud del amontonamiento de ciertos episodios separados, la negligencia del idioma y de la exposición, se notan en todas sus obras pero, aquellos defectos son largamente compensados por la fuerza descomunal y el brillo artístico de ciertas escenas en las cuales Dostoiewsky alcanza las gradas superiores de su poderío creador: escenas inspiradas que pueden competir con todo lo que hay de más perfecto en la literatura mundial. En *Crimen y castigo* tal es la narración de Marmeládov y su muerte, la escena del asesinato de la vieja usurera, la explicación de Raskólnikov con Sonia y la lectura del Evangelio, la escena de Svidrigáilov con Dunia y su pesadilla en la noche que precede al suicidio.

También hay que reconocer su incomparable maestría en el arte de conducir el diálogo. El lector siente que los personajes de Dostoiewsky viven hablando; nota el cambio de sus disposiciones de ánimo; ve como se abren para ellos perspectivas nuevas. Como muestra de aquel arte puede servir la escena de explicación de Raskólnikov con Sonia y la de su interrogatorio por el juez instructor.

* * *

En *El idiota* aparece el carácter más rematado de todos los personajes de Dostoiewsky, su niño predilecto, el kniáz Myshkin, cuyo retrato el autor pintó con un cariño particular.

No me recuerdo cuál de los críticos dijo que Dostoiewsky se retrató en aquel héroe a sí mismo, no como era, sino como hubiera querido ser. La observación me parece acertada. Antes de todo el kniáz Myshkin es epiléptico como Dostoiewsky; los ataques que sufre en los momentos de gran emoción están descritos con una prolijidad de detalles que dejan al lector perplejo. El apodo «idiota» le quedó porque en su juventud la enfermedad alteró sus facultades, dejándolo algo raro. La rareza, al fin y al cabo, se expresa en el verso evangélico: «si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Lo que puede parecer verdaderamente raro es que, el «idiota» junta a un corazón sencillito de niño, un cerebro de hombre maduro, una inteligencia despierta que le permite resolver las situaciones más embrolladas. Por eso el desprecio con que la gente empieza a tratarlo luego se cambia en una verdadera veneración y respeto; sus amigos se someten aun a su influencia; la mujeres que, al principio, se burlan, pronto se enamoran de él... La supremacía de un espíritu simple sobre el promedio normal resalta como la idea dominante del autor.

Tampoco hay posibilidad de pasar en silencio otro personaje del *El idiota*, al mercader inculto Rogóyin, una de las figuras más poderosas que el genio de Dostoiewsky pintó. Su pasión por la heroína del drama llega a tal intensidad que ésta se entrega a él sin quererlo y sabiendo que el hombre la matará. Los tormentos de la pasión y de los celos en el corazón de Rogóyin son descritos con un arte incomparable.

Dostoiewsky solía decir que el aparato escénico de su ejecución y luego el presidio le preservaron de la locura, que él sentía ya apoderarse de su alma. Es difícil emitir un juicio sobre

aquella afirmación, bien que ella parece inexplicable. Ciertamente es que la psicología de un condenado a muerte le inquietaba y perseguía durante toda su vida, y, precisamente en *El idiota*, encontramos dos alusiones a aquella preocupación suya: la narración del kniáz Myshkin, que presenció una ejecución en Francia, y la confesión de un insignificante usurero borracho que reza todas las noches por el descanso del alma de Mme. du Barry. Las palabras que la desgraciada favorita del Luis XV dirigió en el cadalso al verdugo: «Encore un petit moment, monsieur le bourreau», están referidas con una sensación de terror y espanto bastante grande para poder sospechar que el autor mismo es el hombre que reza por la malograda mujer.

* * *

El verdadero título de *Los poseídos* en ruso es *Demonios*. Desde luego la traducción generalmente adoptada no me parece chocante, ya que el epígrafe, sacado del Evangelio de San Lucas sobre el exorcismo de Gerasa, indica claramente las intenciones del autor. Hay críticos que pretenden que aquel título puede aplicarse a varias obras de Dostoiewsky, ya que la Natásha de *Humillados y ofendidos*, el Raskólnikov de *Crimen y castigo*, Rogóyin de *El idiota* son poseídos en el mismo grado que los conspiradores que asesinan o se suicidan sin razón aparente. Pretenden también que *Los poseídos* nacieron de una supuesta rivalidad de Dostoiewsky con Turguenev, como réplica a la novela *Padres e hijos*, en que por primera vez, fué tocado el gran tema contemporáneo, el nihilismo ruso.

A su vez, Turguenev replicó a *Los Poseídos*, tres años más tarde, con *Tierras vírgenes*, en que trata el mismo argumento de la conspiración revolucionaria en una pequeña ciudad provinciana. De aquel duelo literario Dostoiewsky salió vencedor. Turguenev nunca alcanzó ni de lejos el poderío diabólico con que está desarrollada la acción de *Los Poseídos*. Es una profecía

y una explicación. Con el don de verdadero visionario, Dostoievsky profetiza lo que los rusos vieron durante los procesos de los nihilistas a fines del siglo XIX, así como lo sucedido durante la revolución rusa. Y es una explicación de cómo se forman los revolucionarios rusos. Su raíz se atribuye comúnmente a la política, mientras que en realidad ellos se reclutan entre ciertas categorías de intelectos propicios al sectarismo. La serie principia por el hombre de mentalidad sencilla, por el creyente al revés que pone su fe religiosa al servicio del ateísmo; tal es el teniente Erkel, que tiene las mismas probabilidades de devenir santo como asesino. Después de los simples, vienen los débiles, los que sufren el magnetismo de la fuerza y siguen a sus jefes dejándose coger por el engranaje. Luego los pesimistas lógicos como Kirilov, el cual se mata por no tener la fuerza moral de vivir, y cuya complacencia explota el partido político. En fin, los poseídos, los que matan para protestar contra un orden de cosas que no admiten, para hacer un uso singular y nuevo de su voluntad, para gozar del terror que inspiran, para abreviar al animal rabioso que ocultan en sus almas

Pero el mérito más grande de aquel libro fué la comprobación de lo que hace la verdadera fuerza de los revolucionarios rusos; la comprobación de que aquella fuerza no está en las doctrinas, ni en la organización revolucionaria, sino en el carácter de algunos hombres. Dostoievsky piensa, y los hechos mismos de la revolución rusa lo han comprobado, que las ideas revolucionarias tiene una importancia muy relativa, que las organizaciones revolucionarias son muy poca cosa, que los comités centrales, ejecutivos y otros existen sólo en la imaginación de sus adeptos; que la verdadera fuerza del ejército revolucionario son las voluntades tendidas hasta lo extremo, son aquellas almas de acero, que se oponen a la indecisión de autoridades oficiales y atraen las masas hacia los hombres fuertemente imantados. Es el carácter de los hombres decididos lo que influye sobre el pueblo

ruso y no las ideas. El hombre nace siervo de toda voluntad firme que se impone a él.

Dostoievsky adivinó con tanta precisión el carácter demoníaco de la futura revolución y de sus inspiradores que el pensamiento post-revolucionario le atribuye, a veces, una responsabilidad directa en lo sucedido. Acusan a Dostoievsky de haber ayudado a los dirigentes revolucionarios de concretizar su ideal, darle un remate, una tremenda fogosidad y una base de principios muy especiales. Dicha acusación es una exageración evidente, pero comprueba mejor que la crítica literaria hasta donde llegó lo acertado de los cuadros trazados por el autor de *Los Poseídos*.

* * *

Me queda hablar de *Los Hermanos Karamazov*. La tarea no es fácil. Si la novela rusa en general dista mucho del género al cual está acostumbrado el Occidente, del género francés bien medurado y liviano, esta última creación de Dostoievsky parece exagerada aun a los rusos, acostumbrados a la novela que despier-ta ideas conexas a la eternidad. Con la tremenda fuerza de su talento dramático, el autor pone al desnudo el mal encarnado en sus héroes profundizándolo hasta descubrir el abismo infernal. Ora el abismo atrae el alma humana. Los hombres no pueden acercarse impunemente al árbol de la ciencia del bien y del mal. Con las imágenes trazadas por Dostoievsky sucede lo mismo que con el retrato del pintor, descrito por Gogol en su cuento del mismo nombre; una fuerza magnética atrae y repele al mismo tiempo al hombre. Según ciertos críticos, la pluma «cruel» de Dostoievsky, tal una hoja afilada, hirió el corazón ruso, lo sacudió en su base y quebró su equilibrio. Dostoievsky enseñó a sus connacionales imprecionables la imagen turbadora de un hombre que está por otro lado del bien y del mal. No en vano decía

Nietzsche que «Dostoievsky es el único psicólogo profundo al cual le resultó posible tomar prestado algo para sí».

El crítico francés-polaco Waliszewski, hablando de *Los hermanos Karamazov* dice textualmente: «Con una gran riqueza de motivos psicológicos, una sinfonía entera, orquestada sobre todas las cuerdas del alma humana, el libro ofrece una suma preciosa de informaciones sobre la vida moral, intelectual y social de la Rusia contemporánea. Yo dudo de que aquel tesoro sea accesible al término medio de los lectores europeos...»

Yo dudo también. El mismo Dostoievsky se daba cuenta de la falta de medida y de proporción de aquella obra, que Vogué se niega aun a criticar. Bajo el pretexto de que el genio de las letras le parece inconcebible sin los dones superiores de medida y de la universalidad; de la medida en el sentido de saber dominar sus propios pensamientos, elegir entre ellos y condensarlos en algunos rayos luminosos; el de la universalidad en el sentido de la facultad de observar la vida en su conjunto, de verla en sus manifestaciones armónicas; considerando que Dostoievsky vió en la vida nada más que las tinieblas y las lágrimas, Vogué le niega el genio literario. Tal es el fallo del mejor conocedor de la literatura rusa entre los críticos franceses y, quizás, europeos.

Sería desesperante comprobar un semejante distanciamiento espiritual entre los dos mundos: el occidental y el ruso, si no me quedara el recurso de comprobar el verdadero valor de aquel genio sacando de los recuerdos del mismo Vogué algunas citas referentes a los funerales de Dostoievsky que él mismo presenció:

«La fecha del 12 de febrero de 1881 quedó célebre en Rusia; jamás se vieron en aquel país funerales más importantes, más significativos. Desde la mañana toda la ciudad estaba en pie en la Perspectiva Niévsky formando calle sobre el largo recorrido del cortejo hacia el convento de San Alejandro Nevsky; veinte mil hombres, por lo menos, participaban en la procesión. El gobierno estaba inquieto temiendo una demostración retumbante; se supo que los elementos subversivos proyectaban hacer

suyo aquel cadáver; fué necesario reprimir a los estudiantes que querían llevar tras el féretro los hierros de presidiario... El gobierno prefirió asociarse al sentimiento popular en vez de ahogarlo. Tuvo razón de hacerlo; los malos propósitos de algunos fanáticos fueron ahogados en los pésames de la multitud. Por una de aquellas fusiones instantáneas e inesperadas, de las cuales Rusia posee el secreto, todos los partidos, todos los adversarios, todos los pedazos desunidos del Imperio se juntaron en una comunión de entusiasmo.

«El que presencié aquella procesión ha visto el país de los contrastes en todos sus aspectos: los sacerdotes, un clero numeroso que salmodia las oraciones, los estudiantes de las universidades, los liceistas, las muchachas de la Escuela de Medicina, los nihilistas que se reconocían por las singularidades de su manera de vestir; todas las juntas literarias y sabias, diputaciones de todos los puntos del Imperio, viejos mercaderes moscovitas, mujiks en tulups (1), lacayos y mendigos; en la iglesia esperaban los dignatarios oficiales, el Ministro de Instrucción Pública y los jóvenes príncipes de la Familia Imperial. Un bosque de banderas, de cruces y de coronas dominaba aquel ejército en marcha; y mientras pasaba uno de aquellos pedazos de Rusia se distinguían figuras dulces o siniestras, lágrimas, plegarias, mofas, silencios recogidos o feroces...

«Lo que desfilaba así era siempre la obra de aquel hombre, formidable o inquietante, con sus locuras y sus grandezas; en las primeras filas sin duda sus clientes preferidos, los más numerosos, la «pobre gente», los «humillados», los «ofendidos», aun los «poseídos», los míseros, felices de tener su día y de acompañar a su abogado por el camino de la gloria, pero junto con ellos caminaba, envolviéndoles, todo lo incierto y toda la confusión de la vida nacional, tal cual él la pintó, todas las esperanzas vagas que él había despertado en todos. Como los zares moscovitas

(1) Tulup, abrigo popular de piel de oveja.

«juntaban la tierra rusa», del mismo modo Dostoievsky juntó allá el corazón ruso...

«Entonces comprendí que aquella alma escapaba a nuestra medida occidental; medida falsa por ser la única, y cuando yo me inclinaba sobre aquel refugio que Dostoievsky alcanzó tan penosamente, no encontré otra despedida sino las palabras que el estudiante del gran novelista dice a una miserable muchacha: «No me inclino delante de ti; me prosterno ante todo el sufrimiento de la humanidad».